

governada de soberano impulso, se caló por el balcon, y dándole a la señora dama, santificadora de tales fiestas, en la frente, la estrelló a la pared los sesos rotos, los cascós en menudos pedazos; y cayó muerta al instante, y al golpe. Jesús! Jesús! Jesús! qué lastima! prorrumpieron las amigas todas, levantando al Cielo el alharido. Murió? Sí, y murió. Valgame Dios! cuál quedaria aquella casa? cuál quedaria aquella cara? cuál quedaria aquella alma? Digalo el suceso. Trataron de su entierro los parientes; convidaron mucho acompañamiento, llenóse de gente la casa, y la difunta en medio de la sala en sus andas, aunque cubierto el rostro, porque no pareciese fea aun despues de muerta. Yá, despues del Responso, iban a cargar el cuerpo, quando rompiendo por la gente, y llenando de hortores, y bramidos el ayre un feísimo negro Toro, echando fuego, y humo por ojos, y narices, corriendo hácia las andas, a tasteradas, a manotadas, a bocados, destrozando en menudas piezas el cuerpo; lo hizo el demonio que baylára al son de sus bramidos; y dexandolo así, se desapareció. Defengañados de esta publicidad lastimosa, recogiendo luego los destrozos de aquel miserable cuerpo, le fueron a tirar al campo. Y qué fiesta havria en el infierno con el alma de la señora bayladora?

Ah, oyentes míos, yá que no se santifican las fiestas, no se profanen: yá que no las hagamos fiestas para Dios, no sean fiestas para el demonio. En ellas, si queremos lograrlas, tenemos el provecho del alma, las ganancias del espíritu, el mejor logro de el Cielo; que si sabemos conseguirlo, iremos a continuar el eterno día de Fiesta, que será en la gloria.

## PLATICA XXVIII.

### DE LA OBLIGACION DE OIR MISA entera en el dia de Fiesta.

*Dia de nuestro Padre San Ignacio, año de 1691.*

**A**lguna excusa tuvieramos para no solicitar la mayor honra, el mayor provecho, y la mayor dicha, si la huvieramos de pagar al mismo precio que nos cuesta la vanidad; pero teniendo aquello de valde, comprar la vanidad tan costosa, qué descargo nos queda? Huvo en la antigua Roma, refiere Suetonio, un hombre tan rico, como vano, que ansioso por comer a la mesa del Emperador Caligula, se concertó con los criados para que con no sé qué disfráz lo introduxesen una noche en el convite de Palacio, y por esto les ofreció, y les pagó docientos sestercios, que en la menor suma montan sobre cinco mil ducados. Costoso plato de buñuelos de viento, dár cinco mil ducados, solo por poder decir, que havia cenado con el Empe-

rador. Sin tanto precio somos llamados nosotros a mejor convite, sin tanta costa somos convidados a mejor mesa, a la mejor digo, que jamás gozaron los Cielos; al convite donde no son admitidos ni aun los Angeles. Oh, qué nos dieran estos Soberanos Espíritus por poder con nosotros ser en la Misa, no solo criados, que tan gustosos la sirven, sino convidados para gozar de su vianda Divina: Mucho favor le parecia al Rey Cyro de los Persas, enviar desde su mesa algun plato al mayor de sus Capitanes. Por muy grande fineza tenían los Reyes de los Parthos admitir a su convite alguno de sus Principes, y de modo, que sentado el Rey en lo alto de su Trono, y el Principe tirado en la tierra, desde lo alto el Rey le arrojaba las viandas, como si las tirára a un perro. Y la honra mayor que le hace un Rey de España a alguno de sus Grandes, es un día del año señalado, y muy señalado, admitirlo a su mesa. Si Dios nos tratára así, aún sería un amor inmenso, aún sería una dignacion soberana; pero quanto es mas el exceso! Oh, Dios, que nos dá de valde infinito mas que lo que aquel compró a tanta costa! No nos envia un plato de su mesa, sino a sí mismo se abate desde el Cielo para darfenos. No nos trata como a petros, sino que nos honra como a hijos. Y no en un día señalado: sino todos los dias nos tiene puerta franca a gozar de una honra tan suprema, y nos ofrece en la Misa puesta la mesa. Y con todo eso, es posible que ha de ser menester precepto, que nos obligue a los que todos los Angeles nos dieran por nuestra dicha todo quanto valen? No sabe lo que es el Sacrificio de la Misa quien a lograr la inmensa dicha de asistirle, aguarda a que lo trayga la obligacion del precepto.

Este, pues, es el que hoy se me sigue a explicar. Dexo para las almas nobles, que no hayan menester el precepto, un Carlos V. que en toda su vida jamás dexó dia de oír Misa, sino un dia solo en la Batalla de Tunez. ¿Quién alega cuidados de mas peso? ¿Quién ocupaciones de mas importancia? Un Thomas Moro, que siendo Gran Chanciller, y primer Ministro de Inglaterra, no solo todos los dias oía Misa, sino que alguna vez llamado de su Rey, por dos veces respondió: que estaba firviendo a mejor Señor, y no dexó la Misa. ¿Quién traerá por excusa negocios de mas monta? ¿Quién dependencias de mas aprieto? Una Margarita de Austria, perla de las Reynas, que todos los dias havia de oír sin falta tres Misas. ¿Quién pondrá por estorvo ridículos aliños? profanos aderezos? Mas yá qué tendremos a dicha? Oh, tiempos! Que se cumpla siquiera con la obligacion.

¿Quién (pregunta el Catecismo) ¿quién cumple con el precepto de oír Misa entera? Quien asiste a toda ella sin distraerse de su voluntad. A toda ella? Y si viene a la Epistola? Cumple. Y si al Evangelio? También; pero si mas adentro, yá no basta, y peca mortalmente si no oye otra. Pero debo advertir aqui (atiendanme esto, que no sé si se repára mucho) que sucederá no pocas veces haver

oído Misa entera, y con todo eso peca mortalmente contra este precepto. ¿Cómo puede ser? Porque si lo que me manda es oír en el dia de fiesta Misa entera, y yo la oigo: luego ha cumplido yá con el precepto: ¿luego no puede haver pecado? Bueno: pero pregunto: ¿Venisteis corriendo a la Misa dadas yá las doce? Sí, Padre, que fue dicha hallar Misa, pero al fin la oí. Pues aunque la oísteis; pecasteis mortalmente en el peligro a que os pusisteis de no oírla. ¿Os habeis confesado de haveros puesto a este peligro? Ah, Padres de familias, qué cargo! Aguardar a las doce, despues que yá cesan las Misas, y entonces el son de campana, que las coge en casa, y la Iglesia lejos, que vayan aprieta: y muchos gritos? No se quita vuestro pecado mortal con esos gritos.

Por el contrario; no siempre es pecado dexar de oír Misa, porque hay bastantes causas, que legitimamente lo excusan. Estas se reducen a tres: Por no poder, por caridad, o por necesidad. Por no poder, ahora sea impotencia espiritual, como la que tiene el que está excomulgado; ahora sea impotencia corporal, como el que está en una cama, en una carcel: (yá se vé) o por impotencia moral; esto es, que solo con mucha dificultad, trabajo, o peligro puede oírla. Así, pues, están excusados de la Misa la muger preñada yá en dias de parto: el convaleciente, que de salir se le puede renovar el achaque: el que, o la que de salir teme con fundamento algun peligro en la vida, o en la honra, el que no tiene vestido con que parecer con decencia: en mal tiempo, y muy llovisoso, en especial para mugeres, la mucha distancia. Mas porque puede ser para uno legitima excusa, la que por las circunstancias no lo es para otro, consulten lo demás a sus Confesores. Excusa tambien de la Misa la caridad, por asistir a algun enfermo, o que no tiene quien le asista, o que tiene su consuelo, en que esta persona no le dexa: o la necesidad, ahora por sujecion, como en el esclavo, que sobre el alma de su amo vá la Misa que él no le dexa oír: ahora por su officio, como el Pastor, que no puede dexar su ganado: ahora por su exercicio, como la muger que está criando, que no tiene a quien dexar su criatura, y el muchacho es llorón; pues no venga acá, ni oigan Misa, y nos harán muy buena obra con no venirnos a inquietar; y si dixera de venir a Sermon con el muchacho llorón, se lo agradeceremos mas.

Yá, pues, los que así impedidos dexan de oír Misa, no solo no pecan, pero recibe Dios su buen deiteo. (Haut. n. 1221.) Un Santo Lego de San Francisco, cocinero de su Convento, tenia devocion de asistir todos los dias a quantas Misas podia; pero un día estando sola la cocina, y hallando la fuya los gatos, zás, bolcaron la olla, y comieron ellos lo que ayunaron los Religiosos. Enojado por esto el Guardian, le mandó a aquel, que no fuese a oír, como solia, Misas, sino que atendiese a su obligacion. Obedeció él; pero el dia siguiente al hacer la campana la señal de alzar, puesto de rodillas, y con tiernas lágrimas:

¡Ah, Señor, (dixo) que el consuelo que yo tenia en asistir a tu Divino Sacrificio, me lo ha de quitar esta cocina! Pero qué he de hacer, mejor es lo que tú dispones. Al punto (estupendo prodigio!) abriendose quantas paredes havia desde allí hasta el Altar, vió parente, y adoró la Hostia Sacramentada, volviendo luego las paredes otra vez a juntarse; pero dexando bastantes señas de esta tan prodigiosa maravilla.

Mas todavia ocupado en lo que excusa, aún no he dicho a lo que obliga este precepto. Obliga, pues, nos dixo el Catecismo, a *asistir a toda la Misa, sin distraerse de su voluntad*. Dos cosas hay aqui: asistir con el cuerpo, atender con el alma; ni basta venir solo con el alma: quiero decir, tener intencion, o deseo de venir a Misa; ni basta estar solo con el cuerpo, y estar, o dormido, o sin intencion de oír Misa. Hanse, pues, de juntar cuerpo, y alma: ésta con la atencion; y aquel con la reverencia. Pero cuánta debe ser una, y otra! Oh, Dios! Digámos primero del cuerpo, y no cito a un San Pablo, no atesto con un San Agustin. Un Ge nti habla de como asistían los Gentiles a sus torpes sacrificios: *Intramus templum compositi*, dice Seneca (*in q. nat. lib. 7. c. 3.*) Entramos en el Templo compuestos: *Ad sacrificium accessuri vultum demittimus, togam adducimus*. Al llegar al sacrificio bajamos el rostro, recogemos el vestido: *In omne argumentum modestia fingimur*. Y nos ajustamos en todo el exterior de la modestia. ¿En todos? Sí; las rodillas en tierra, los ojos recogidos, mesurado el semblante, mudo el silencio: *In omne argumentum modestie*. ¿Esto hacían los Gentiles para asistirle al demonio? ¡Oh, confusion! oh, infamia! oh, vergüenza! De quién? De quién? Allá lo vean. Cuenta, y admira San Ambrosio, que ofreciendo Sacrificio Alexandro, estaba cerca de él un Page con una hacha. Tardóse el Sacrificio, fuese consumiendo el hacha, y tanto, que yá en la mano del Page fue prendiendo, y él inmóvil: fue humeando, y él severo: crugían yá ardiendo los dedos, y él constante, hasta que se dexó abrafar, y quemar la mano por no turbar el Sacrificio. Ah, oyentes míos, que entre nosotros no se sacrifica un Toro a una deidad mentirosa, sino el Cordero Immaculado del Hijo de Dios a la Santísima Trinidad. Así lo creemos, así lo conocemos; mas no sé, si imitaremos de aquel Page lo heroyco, quando quizá en la Misa hay tantos que se dexan quemar el alma a peores chispas. ¡Oh, cuál está nuestra Religion! Y como semejantes desordenes pedían el zelo de aquel corazon Cathólico de Felipe II. (*Raf. Col. fer. 2. d. 2.*) Oía Misa una vez con sus Grandes de Castilla, y dos de estos se pusieron a hablar entre sí, reparólo el Rey, dexó acabar la Misa, y al salir, volviendose a ellos con aquella su natural severidad: Vosotros dos (les dixo) no parezcáis mas en mi presencia. Bastó esto para que el uno de ellos muriese luego de pesadumbre, y el otro se volviese loco. ¡Ah, qué hiciera este Cathólico Monarca, si viera los corrillos acá, y



no de Grandes de Castilla. El silencio, el silencio es parte muy principal del Divino Culto. Aun los brutos nos lo enseñaron alguna vez. Estaba oyendo Misa Santa Ida Lovanienfe, segun se refiere en su Vida, y allí inmediato hacian su molesto ruido cacareando unas gallinas. Afomóse la Santa, llamolas en nombre de Dios, vinieron todas. Ea (les dixo) sin chistar quietecitas. En verdad, que así se estuvieron inmóviles, y mirando à la Santa, mudas, hasta que acabada la Misa las envió à cacarear allá fuera. Acacarear allá fuera.

¿Mas si no basta sola la reverencia exterior del cuerpo, quanta debe ser la atencion del alma? Para fofegarse las escrupulosas, bastan solas las discretas palabras del Catecismo: *Sin distraerse de su voluntad*. De modo, que aunque haya distracciones, se cumple con la Misa? Sí, como esas no sean buscadas de proposito. ¿Y aunque no se alcance à ver todo lo que hace el Sacerdote? Tambien; y aunque ni lo vean, porque no dá lugar la mucha gente, se cumple con la Misa; que si no fuera así, à qué vienen los ciegos à la Iglesia? Pero quién podrá persuadir à mugeres esto? Mas ya otras me preguntan: Padre, yo tengo devocion de oír juntas quatro, ò cinco Misas, que salen todas, y se dicen à un tiempo; podré hacerlo? Digo que sí, con el sentir de muy graves Doctores, y que es muy fanta, y muy provechosa devocion: (Vide Scobar t. 3.) ¿Y aunque sea en dia de fiesta puedo oír junto con la Misa de obligacion las otras? Vuelvo à decir que sí; y que las logren, que no embaraza eso à la atencion, (Cast. Pal. t. 5. tit. 22. d. unic. cap. 10. n. 9.) ¿Pues ya qué es lo que le embaraza? Saben qué? Estár despavilando toda la Iglesia con animo de divertirse: ponerse à leer, no digo si son algunas oraciones que rezan, sin leer otra cosa, aunque sea leccion espiritual, hablar, ò dormir; y si esto es en grande parte de la Misa, es pecado mortal. *Age quod agis*, le gritó una voz al oído à un Sacerdote que estaba divertido: Haz lo que haces. ¿Mas para qué buscamos exemplos para mover nuestra atencion, nuestro fervor, nuestra ternura en este Divino Sacrificio, quando tenemos en aquel Altar aquel Sacerdote Santísimo, en todo prodigioso? Por qué piensan, que pintan à mi Glorioso P. S. Ignacio mas de ordinario revestido de Sacerdote? (And. Luc. l. 6. vit.) Otros Santos no fueron tambien Sacerdotes, y con todo eso no los pintan así? Pues por qué à S. Ignacio? Saben por qué? Porque al paso que fue singular, rarísima, y prodigiosa su ternura, y devocion con el Divino Sacrificio, à ese paso fueron en él estupendos, sobre continuos, los favores que tuvo del Cielo. Dexo ahora las muchas veces, que en Manresa oyendo Misa antes de ser Sacerdote, vió en la Hostia patente à nuestro Redentor. Ordenado ya de Sacerdote, quando contaba ya desde su conversion diez y seis años de una vida; mejor diré de un martirio de penitencias, mejor diré de una muerte de todas sus pasiones, y sentidos: mejor diré de un continuo vuelo del

amor mas ardiente en revelaciones, y raptos: con todo eso, despues de ordenado de Sacerdote, se estuvo preparando para su primera Misa dia à dia diez y ocho meses. ¡Oh, qué preparacion! Esa fue la primera. ¿Y las demás? Todas las tardes leía muy de espacio la Misa que havia de decir el dia siguiente; y à la mañana, despues de la hora de Oracion, estaba otra hora entera preparandose de rodillas à la Misa; y ésta acabada, daba gracias por espacio de otras dos horas. Aquí, aquí era donde el Cielo le vertia à raudales sus luces, à rios sus favores. ¿Qué lágrimas, qué sentimientos, qué follozos! Le obligaban de ordinario à detenerse en la Misa, porque no podia pasar adelante. Vieronlo unas veces en el Altar todo resplandeciente, otras vieron muchos baxar bel Cielo un globo de fuego, que se le ponía sobre la cabeza. Allí los Angeles le daban música. Allí la Reyna de los Angeles se le ponía visible. Allí, en fin, innumerables veces arrebatado, vió, ò ya la Humanidad Santísima de nuestra vida Christo, ò ya el inescrutable Misterio de la Trinidad Beatífica. Ven ahí, pues, la razon porque lo visten de Sacerdote. Y ya que lo tenemos revestido, en verdad que lo hemos de oír ahora una Misa, aunque sea por la tarde, y Misa entera, y ese será el exemplo.

En Duay, Ciudad de Flandes, refiere nuestro Hautino, (n. 1066.) en un Monasterio de Monjas de Santa Clara havia un año que una de ellas, contando por instantes sus dolores, esperaba la muerte por horas, desesperada la medicina, y tan lejos de ponerla sana, que se admiraban de verla viva en una continua convulsion de miembros, que agravandosele con una perlesía, que sola mientras la sacaba de sí, le daba alguna tregua al vehementemente color de cabeza, à que aun el hablarla la ofendía: En este estado de su desdicha, oyó la nueva de que havian canonizado à San Ignacio: y por Santo nuevo, ò porque no le debía de quedar ya otro à quien no huviese hecho sus ruegos, determinó hacer un Novenario; hizolo, y quedóse todavia como antes; pero volvió luego à empezarle otro. Bueno, ella configuirá (¿qué de cosas no solemos conseguir, porque no tenemos constancia en rogar?) Apenas empezó el segundo Novenario, quando sintió en la cabeza un golpe. Al ay, vuelve dolorida, y hállase cercada de resplandor, y en él à mi glorioso Padre. ¿Preguntóle, si pensaba que él tenia poder para sanarla? Respondiòle ella que sí. Y el Santo, que aun en el Cielo no olvida el zelo de las almas, quiso primero curar ésta: exortóla à que reformáse en su persona algunas cosas. Prometiòle ella, y el Santo desapareció, y dexósele todavia como antes enferma. ¡Valgame Dios! ¿Pues qué aguarda San Ignacio? Saben à qué? A qué? à que ella le oyera una Misa. Llegó el dia en que en aquella Ciudad se celebraba su Canonizacion, y à las ocho de la mañana, aquella Monja ya casi moribunda, arrebatada en espíritu, se halló en una hermosísima Iglesia. En el Altar aparato para celebrar; entonó el Coro; y en esto, precediendo el Diácono, y Subdiácono,

vió

vió salir à S. Ignacio revestido à decir la Misa, y trás de él vió salir una gran muchedumbre de gente, hombres, y mugeres, de que se llenó la Iglesia. ¿Preguntó, qué gente era aquella? Y fuele respondido, que eran los muchos, que en todo el mundo recibian de S. Ignacio aquel dia algun especial beneficio; cobró animo con esto; empezó la Misa, y ella continuaba en sus dolores, y aun se le agravaban mas, siempre que San Ignacio volvia à decir: *Dominus vobiscum*; hasta que yá al acabar la Misa, al volverse el Santo à echar la bendicion, se la echó con estas palabras: *A mayor gloria de Dios queda sana*. Desapareció la vision. Ella volvió en sí, y se halló del todo libre, sana, y buena. ¿Hay tal modo de milagros? Qué fue esto? Decirnos desde el Cielo S. Ignacio, que en la Misa es donde se configuen todos los favores, y que en oírla entera está el lograr las bendiciones.

¡Oh, Santísimo Padre mio! echanoslas desde el Cielo à todos los presentes, y con ellas comunicanos de tus luces un rayo, de tus favores una chispa, de tus llamas una centella, para que à tan Soberano Sacrificio sepamos asistir en la tierra, de modo, que lleguemos à gozar sus frutos en la Gloria.



#### QUARTO MANDAMIENTO.

HONRARAS PADRE, Y MADRE.

### PLATICA XXIX.

#### DE LA OBEDIENCIA QUE DEBEN los hijos à sus Padres.

A 10. de Agosto de 1691.

UN grado menos tiene en la enormidad el delito, de quien se osó à ofender al Rey en su imagen, respecto del que se atrevió à ofenderlo en su propia persona; pero en ambos se dá la misma Magestad por ofendida. Acá donde la distancia nos priva de la presencia de nuestro Rey, y Señor natural, vemos un Retrato nuestro debaxo de un dosel magnífico, con todo el aparato digno de Magestad, à que corresponde en todos el respeto, la atencion, y la reverencia. ¿Y es todo ese acatamiento à aquel lienzo muerto? No: Es todo ese respeto à aquellos colores sin alma? Menos. ¿Pues por qué es tanta veneracion à aquel lienzo? Por la Real Persona que nos acuerda, por la Magestad Real que nos representa. Tenemos, pues, en el Cielo un Rey, un Señor, un Padre, que sobre darnos el sér, el sustento, la respiracion, la vida, quanto somos, y quanto tenemos, si bien nos está intimamente presente, porque es inmenso; pero no la vén nuestros ojos, porque es espíritu purísimo. Y así nos quiso poner su Imagen visible à nuestros ojos, para que en ella le pa-

guemos todos nuestros debidos respetos. ¿Y cuáles son esos Retratos de Dios, esas Imagenes de el Padre Celestial, à quienes hemos de venerar como debaxo de dosel? Esos son nuestros padres naturales, à quienes Platon llamó dioses terrenos, à quienes llamó Estobeo criados secundarios, à quienes apellidó Filón dioses visibiles, y à quienes el Catecismo Romano llama Imagenes, que en lo moral nos representan à nuestro inmortal Padre Dios: *Sunt enim Parentes immortalis Dei quasi quaedam simulacra*. Y si con tanto decoro respetamos la imagen muerta del Rey de la tierra; ¿quánto debe ser nuestro respeto à estas Imagenes vivas de el Rey Soberano de el Cielo, que siendo sus instrumentos, por ellos hemos recibido el sér, el sustento, la educacion, y la vida? *Memento quoniam nisi per illos natus non fuisses*, nos dixo el Espíritu Santo. (*Eccles. 7.*)

Por eso acabando su Magestad de escribir en la primera Tabla con su divino dedo los tres primeros Mandamientos, que acabamos de explicar, en que se contiene toda nuestra obligacion para con Dios en sí mismo, que nos pide todo nuestro corazon en amor fuyo, todas nuestras palabras en sus alabanzas, y todas nuestras obras en sus exteriores cultos; quando pasa yá à intimarnos el amor que debemos al próximo en los siete Mandamientos de la segunda Tabla, el primero de todos nos intima el honrar à nuestros padres, el precepto mas inmediato à los que pertenecen al honor de Dios; porque no bastando solo con amar, y honrar à su Magestad en sí mismo, lo debemos honrar, y amar en estas sus vivas Imagenes: y el primero precepto de los que miran al amor del próximo; porque entre todos los demás próximos son estos los mas próximos: quiero decir, los mas cercanos en la obligacion. Y porque juntando ambas razones en una, es para cada uno su Padre, un medio entre Dios, y los demás próximos, que por una parte confina con lo inmortal, eso es ser un Retrato de Dios; y por otra en lo mortal confina con los demás hombres. Y he aquí como este Mandamiento de honrar à los padres, es una visagra, un nudo, que une entre sí, y trava entrambas Tablas de la Ley, la del amor de Dios con la del amor de el próximo: de modo, que el hijo que no honra à sus padres, ni con Dios tiene ley, ni tendrá ley con los hombres. ¿Con estos, qué ley ha de tener, quien à su padre no se la perdona? Y con Dios, qué respeto, quien se lo pierde en la Imagen fuya, que tiene visible? *Qui non diligit quem videt; Deum quem non videt, quomodo potest diligere?* (*Joan. 4. v. 20.*) Es argumento del Evangelista San Juan. Pues si ni para Dios es bueno, ni es bueno para los hombres un hijo desobediente, ¿para quién será bueno? Solo para el infierno. Quitael rayo de el Sol, ¿y qué será ese rayo? Sombra. Quitael arroyo de su fuente, ¿y qué será ese arroyo? Arena, y piedras. Quitael árbol la rama, ¿y qué será esa rama? Leña seca para el fagon. Quitael cuerpo el brazo, ¿y qué

Z